

Estados Unidos: fin de una etapa

Carlos LARRÍNAGA
Historiador y politólogo

En 1992 el afamado politólogo estadounidense Francis Fukuyama publicaba su conocido ensayo “El fin de la Historia y el último hombre”. Ante la caída del muro de Berlín y el desmoronamiento del imperio soviético, el autor proclamaba el triunfo del liberalismo político y económico y el hundimiento del comunismo. Sin duda, ha sido una de las obras que más predicamento ha tenido en las últimas décadas, a pesar de que el propio Fukuyama con los años ha ido matizando su enfoque. Con semejante posicionamiento, Estados Unidos parecía tener vía libre en un tablero mundial abocado a estar dominado desde el Despacho Oval. Las cosas, no obstante, no han resultado así y el repliegue de los americanos de Afganistán son una prueba de ello. Hablamos de una retirada caótica, aun habiendo sido calificada por Joe Biden de exitosa. Nadie niega lo complejo de la operación y la rápida evacuación de miles de personas, pero las imágenes de los primeros días con personas aferradas al tren de aterrizaje de los aviones e incluso cayendo al vacío merecerían, quizás, una severa autocrítica.

Cuando Biden habla de no más “grandes operaciones militares para rehacer otros países” está liquidando la que ha sido la política exterior norteamericana desde el término de la Segunda Guerra Mundial. Al concluir la Gran Guerra en 1918, los EEUU decidieron dar la espalda a su presidente Woodrow Wilson, convertido en una estrella en las conversaciones de la Paz de París, y volver al aislacionismo, interesándose únicamente por el continente americano. Por el contrario, tras 1945, con la ruptura de buena parte del mundo en dos bloques, Washington decidió intervenir en terceros países para evitar la expansión del comunismo. A veces estos conflictos se enmarañaron con procesos de descolonización, como sucedió en Corea y Vietnam. Convertido en el gendarme del mundo occidental, los mandatarios norteamericanos no dudaron en enviar sus tropas a todo tipo de escenarios, gastando miles de millones de dólares y padeciendo cuantiosas víctimas mortales. La implosión de la Unión Soviética, sin embargo, y pese a la proclamación de Fukuyama de un mundo unipolar, no hizo desistir a Washington de estas políticas agresivas, con resultados, en la mayor parte de los casos, desastrosos. Los ejemplos de Irak y Afganistán son muy significativos. De ahí la gran novedad del discurso de Biden.

Empero, este deseo de huir de los conflictos eternos y a miles de kilómetros de casa no es nuevo y el primero que lo sostuvo denodadamente fue Donald Trump. A él se debe la decisión de retirar las tropas de esos dos países y de entablar negociaciones de desnuclearización con Vietnam del Norte, habiéndose reunido con King Jon-un en varias ocasiones, aunque sin resultados. Biden, por tanto, retoma la senda emprendida por Trump y termina con muchas décadas de intervencionismo internacional. En este sentido, tienen razón los dirigentes rusos y chinos al acusar a Washington de querer imponer un sistema político, la democracia, por encima de los deseos de las sociedades afectadas. De eso saben bastante los propios rusos, que, en tiempos de la Unión Soviética, vieron también fracasar su proyecto en Afganistán, de donde salieron escaldados.

Esto nos lleva seguidamente a la pregunta de si todos los estados están preparados para ser una democracia al estilo occidental. La respuesta no es fácil, pero lo que parece claro es que, con anterioridad a la implantación de la democracia, hay que contar antes con ciertos requisitos. En Europa, donde la democracia tardó décadas en asentarse, se dieron previamente importantes transformaciones económicas, sociales y

políticas de la mano de las Revoluciones Industrial y Francesa. ¿Se hubiese podido avanzar hacia una democracia sin tales acontecimientos? No lo sabemos, si bien lo que está claro es que implantar una democracia a corto plazo no es fácil. Ahí tenemos la realidad actual de Túnez. Cuánto más en sociedades poco avanzadas y de base tribal, no ciudadana, como Irak o Afganistán.

Y aquí nos surge un nuevo interrogante: ¿es el Islam compatible con la democracia? Difícil de responder. Mi colega el historiador libanés Georges Corm defiende que sí y para ello pone ejemplos de los años veinte y treinta, cuando hubo progresos en esta dirección. La Turquía de Atatürk podría ser una constatación. El problema radica en que, en algunas ocasiones, estos avances se han hecho desde arriba y no desde abajo, teniendo, por consiguiente, poca consistencia, y, por otro lado, que las teocracias sunita y chiíta, Arabia e Irán, son exportadoras de modelos antidemocráticos. Las visiones radicales que difunden por el mundo musulmán hacen cada vez más difícil la compatibilidad entre Islam y democracia. Lo estamos viendo incluso en la Turquía de Erdogan.

En conclusión, la consecuencia que ha sacado Joe Biden de lo acontecido en Afganistán me parece acertada: no se puede exportar la democracia a cualquier lugar y a cualquier precio. Aunque ahora tiene una larga tarea por delante para diseñar una política exterior distinta a la practicada hasta la fecha y con dos potentes “enemigos” acechando, Rusia y China, que no se van a quedar de brazos cruzados. ¿Qué hará entonces Estados Unidos?

3 de septiembre de 2021

Publicado en *El Diario Vasco*, 11 de septiembre de 2021, p. 26